

Gómez: Dos miradas a un régimen

Ysaac López

RESUMEN

Este estudio pretende de forma sistemática, a través de testimonios de protagonistas, las dos visiones en torno al régimen de Juan Vicente Gómez (1908-1935). Por una parte, un tiempo de progreso material para el país; por otra, la situación de oscurantismo e ignorancia.

PALABRAS CLAVE

Gómez. Progreso material. Ignorancia.

INTRODUCCIÓN

El régimen dirigido por Juan Vicente Gómez entre 1908 y 1935 es uno de los períodos con mayor presencia en la historiografía venezolana. Por su extensión temporal y su significado en la historia del país, el gomecismo ha sido objeto de atención de abundante literatura desde sus propios años de existencia. De los testimonios de denuncia por las prácticas de represión a los análisis históricos que pretenden una valoración rigurosa, la dictadura de Juan Vicente Gómez sigue siendo un tema de principal interés en el colectivo venezolano, el cual también ha sido abordado en novelas, series de televisión, piezas de teatro, películas, esculturas y pinturas.

Dos visiones se imponen a la hora de presentar el régimen de Gómez. Por una parte, un tiempo de progreso material para el país, en el cual se estableció una vinculación efectiva entre las distintas regiones definitorias del territorio venezolano, se pacificó la belicosidad de los caudillos, se sufragaron los compromisos del país por deudas contraídas a lo largo de su historia y se sentaron las bases de la industria petrolera nacional. Por otra, el rostro de un país sumido en el oscurantismo, bajo la férrea bota de un dictador ignorante y déspota conductor de los asuntos públicos como si se tratara de bienes particulares, convirtiéndose en el principal propietario de tierras y estableciendo una política petrolera de claras ventajas para los consorcios extranjeros, cuyos principales beneficiarios eran él y sus allegados. Un dictador que cerró

universidades, proscribió los partidos políticos, y convirtió a las cárceles en el único lugar posible para todo aquel que manifestara una opinión adversa al régimen.

Pretendemos aquí presentar de forma sistemática estas visiones a través del testimonio de dos protagonistas de la época: Pedro Manuel Arcaya, destacado estudioso de temas de historia y derecho, funcionario del gomecismo, quien publicó en 1935 desde Washington el libro *Venezuela su actual régimen*, en el cual hace una justificación del gobierno de Juan Vicente Gómez ante las diversas informaciones aparecidas en el exterior; Carlos Irazábal, quien formó parte de la generación de jóvenes que en 1928 se manifestó en contra de la dictadura, sufriendo prisión en el Castillo de Puerto Cabello y en "Las Tres Torres" de Barquisimeto; autor del libro *Hacia la Democracia*, publicado en México en 1939, donde se analiza el gomecismo desde sus supuestos justificadores, el régimen de la propiedad latifundista la penetración imperialista ocurrida en el país durante ese gobierno. Consideramos de importancia el análisis de estas fuentes, por ser ejemplos destacados de las visiones que han predominado a la hora de hacer una valoración del régimen de Juan Vicente Gómez, que aún perviven en el grueso de la historiografía venezolana.

¿Fue la dictadura de Gómez una "necesidad histórica"? , ¿Respondía a un momento de urgencia del país por la pacificación y el desarrollo económico sostenido?, ¿Significó realmente "el progreso" para una nación incomunicada y devastada por las guerras civiles?, ¿O fue un tiempo de retroceso cultural que impidió la entrada de Venezuela al siglo veinte?, ¿Un tiempo signado por la barbarie y la represión personificadas en un taimado y rústico montañés?, ¿Un tiempo de entrega de las riquezas del país a los consorcios internacionales y de estancamiento en la educación, la salud y el bienestar general de los venezolanos? ¿Son éstas las preguntas que debemos seguir formulando a la hora de valorar históricamente al régimen de Gómez? Veamos que dicen los protagonistas y tratemos de presentar algunas apreciaciones.

LAS MIRADAS AL RÉGIMEN

Pedro Manuel Arcaya (Coro, 1874-Caracas, 1958) se destacó como abogado, jurista, sociólogo, historiador y político. Residenciado en su ciudad natal hasta 1909, desde allí estableció relaciones intelectuales con José Gil Fortoul, Laureano Vallenilla Lanz, Lisandro Alvarado y otros, convirtiéndose en una de las principales figuras de la llamada Generación Positivista Venezolana. Fue Miembro de la Corte Federal y de Casación (1909-1913). En 1910 se incorporó a la Academia Nacional de la Historia con un trabajo sobre

La Insurrección de los Negros de la Serranía de Coro en 1795 donde se manifiesta seguidor de las teorías de Taine y de Le Bon sobre la evolución cultural, la diversidad de las razas humanas y la influencia del medio físico en los fenómenos del entendimiento y la volición.

En 1912 fue miembro de la Comisión para la reforma del Código Civil, así como de los de Procedimiento Civil y Enjuiciamiento Criminal. Procurador General de la República (1913), Ministro de Relaciones Interiores (1914-1917), Senador por el Estado Falcón (1918), Presidente del Congreso (1922), Ministro Plenipotenciario de Venezuela en los Estados Unidos (1922-1924), Embajador Especial en el Perú (1924), Embajador de Venezuela en Washington (1930-1935). Incluido en las listas de peculado después de la muerte de Juan Vicente Gómez, fue el único funcionario del régimen que se enfrentó a los juicios civiles intentados en su contra y sostuvo una polémica defensa de la persona y del gobierno del dictador contra sus detractores.¹ Autor de una extensa bibliografía sobre Historia, Sociología, Etnografía y Lingüística, Pedro Manuel Arcaya publicó en Washington en 1935 su trabajo *Venezuela y su actual régimen*, en clara defensa y justificación del gobierno de Juan Vicente Gómez.

Motivado por las constantes informaciones que aparecían en el exterior sobre el gobierno gomecista, desde "*estudios formales*" hasta "*someras apreciaciones*", el texto de Arcaya se divide en ocho capítulos, cuyos títulos son: El Pasado de Venezuela. Recuerdos de mi infancia; El Pasado de Venezuela. Recuerdos de mi juventud; La Mística Democrática. Páez y Monagas; Los "Godos" y la Federación; La obra del General Gómez; Cancelación de la deuda nacional; Creación y desarrollo de la industria petrolera; y La calumniosa leyenda revolucionaria. En la introducción, comienza el autor diciendo:

Venezuela ha cancelado sus deudas, y sus presupuestos se cierran, cada año, con superávit; ésto en medio de la gran crisis económica que, desde 1929, viene conturbando el mundo. Se mantiene en completa paz, cuando en los últimos tiempos casi todos los países iberoamericanos y algunos europeos han sufrido tremendas convulsiones intestinas. Se invierten cuantiosas sumas de dinero en subsidios a la agricultura y la cría. Progresa el país en lo material y en su cultura; y las agitaciones políticas son desconocidas.²

Esta es la primera imagen que nos presenta Arcaya de Venezuela. La Venezuela de 1935, el país creado por Gómez. Un país que ha cancelado sus

1 Diccionario de Historia de Venezuela. A-D. Fundación Polar. Caracas, 1988. págs. 167-168.

2 Arcaya, Pedro Manuel. *Venezuela y su actual régimen*. The Sun Printing Office. Washigton, 1935. pág. 5.

deudas con los acreedores extranjeros, irguiendo internacionalmente la presencia de una nación solvente; un país pacificado, sin agitaciones políticas; donde se invierte en la agricultura y la cría. Un país que progresa. Un régimen cuyas realizaciones "han llamado la atención del mundo entero hacia Venezuela y su ilustre Conductor, el señor General J.V. Gómez... Arcaya va a explicarnos cómo ha sido el proceso vivido para llegar a ese estado de bienestar, para ello parte en su trabajo de la descripción de la situación de Venezuela luego de la guerra de Independencia. Recurre, como lo señalan los títulos de los capítulos del libro, a los "recuerdos" de su infancia y juventud corianas, a los cuentos y referencias que escuchó de sus mayores o de los trabajadores de las propiedades de su familia. Es a la historia a quien recurre, para presentar un cuadro devastador luego de la Independencia, un panorama de depresión económica y de beligerancia política en el cual los distintos caudillos regionales pugnaban por imponer sus intereses particulares. "El régimen actual de Venezuela -nos dice- no puede apreciarse debidamente sin conocer la historia del país..."³

Señala el autor que:

Nunca ha sido vergonzoso el ambiente moral de mi patria; pero sí fue, antes triste, con la tristeza que engendraba una larga y angustiosa serie de guerras civiles. Rasgos hubo en ellas de nobleza y elevado espíritu de sacrificio, pero esto mismo agravaba el dolor de ver cómo perdían, inútilmente, la vida tantos hombres buenos y valientes, y cómo se malbarataba la energía del pueblo venezolano (...) Pensaran algunos que carece de interés el relato de tantos combates oscuros, la mención de tantos nombres ignorados fuera de la apartada provincia venezolana donde tuvieron lugar los sucesos que narraré; pero es un documento el que aporto, en el cual aparece cómo fue la vida de zozobras que llevaba el país antes de la paz de Gómez...⁴

Para Pedro Manuel Arcaya, la problemática de Venezuela en el siglo diecinueve se debió al "error inicial" de pretender aplicar "sistemas exóticos" a la realidad del país, y a las pasiones engendradas por la confrontación política. Para el autor, "la mística democrática" promovida después de la Independencia fue el origen de las constantes revueltas, revoluciones y alzamientos que sufrió el país:

...los panegíricos de la Revolución francesa, y otras tantas lucubraciones de ese género que llenaban de fruición a los círculos intelectuales de la época y luego eran diluidas, por los oradores venezolanos, en discursos altisonantes sobre la libertad y el pueblo soberano. Indigestos y crudos conceptos democráticos llenaban las cabezas y cegaban los ojos.⁵

3 Arcaya. Ob. cit. pág. 9.

4 Ob. Cit. pág. 9.

5 Ibidem. pág. 26.

Señala Arcaya que en Venezuela nadie dudaba podía funcionar un régimen político como el de los Estados Unidos "pues no se advertía la diferencia de temperamento y psicología entre nuestro pueblo y el americano, mejor dicho, nadie se daba cuenta de la propia psicología." De allí un eterno ritornelo:

Más, como no resultaba lo que tan fácil se creía, la explicación del fracaso era igualmente fácil: la tenacidad de los godos o las intrigas de los ambiciosos que obligaban a actos de fuerza, según los partidarios del Gobierno; la resistencia del "tirano", según los opositores, a ajustar sus actos a la Ley.⁶

Así, presenta Arcaya la situación política de la jurisdicción coriana para las últimas décadas del siglo diecinueve: la oposición a Guzmán, los principales caudillos, y las constantes asonadas protagonizadas por ellos; todo lo cual, apunta el autor, era una constante para el resto del país.

Después de describir el trágico enfrentamiento entre los representantes de los partidos corianos en el Capitolio Federal en Caracas en 1892, indica Arcaya que:

Lances como el que he referido han sido frecuentes en nuestras campañas cívicas. Indudablemente, no está hecho el temperamento de los hombres de Venezuela para sostener discusiones sobre política, pues suelen ellas dar lugar a ofensas; y de allí los lances sangrientos. ¿Y cómo pueden funcionar las llamadas democracias sin acerbadas discusiones? De ellas surge la luz, dicen los teóricos. Por ellas, en nuestro país, ha corrido mucha sangre, contesta la voz de los hechos.⁷

Para el autor, las ideas en las cuales se sostenían esas democracias no eran compatibles con la *naturaleza del venezolano*, así reiterará más adelante, al señalar las disputas entre los partidarios de las agrupaciones políticas formadas después de la Independencia que:

... se estaba en Venezuela, donde las condiciones de raza, el medio y las costumbres eran muy distintas de las que concurren en las "democracias" a que acabo de aludir y en las cuales las propagandas difamatorias no exaltan extremadamente los ánimos, o, si los exaltan, no hay más peligro que el de uno que otro atentado personal, por no resultar posible el derivativo de la guerra civil. En Venezuela ésta debía ser forzosamente, como lo fue, la etapa final de la "campaña cívica."⁸

Arcaya expresa que nada aportaron al país las constantes revueltas ocurridas durante la segunda mitad del siglo diecinueve:

6 Ibid. pág. 27.

7 Ibid. pág. 41.

8 Ibid. págs. 82-83

En las guerras que me tocó presenciar no se había agitado ninguna cuestión social ni de política trascendental. Todo se había reducido al propósito de derribar a los hombres del gobierno para sustituirlos con otros; y en ello no había influido tanto la ambición de los Caudillos cuanto el entusiasmo pueril de las masas, la exaltación de los ánimos y la influencia de las ideas que autorizaban el derecho de insurrección.⁹

Se pronuncia entonces, contra los que considera supuestos inspirados por la "mística democrática": la libertad de prensa, la beligerancia de los partidos políticos, los dogmas de ley, la alternabilidad en el gobierno; "fárrago de falsos conceptos" en los cuales "suponíase la posibilidad de regular la vida política de todos los pueblos mediante "Pactos Sociales", o sea constituciones escritas, inspiradas en la razón y la filosofía."¹⁰ Para indicar tajante que "Lo erróneo de estos conceptos ya nadie podrá negarlo, de buena fe." Y así, "El mal estaba en las ideas mismas que ejercían tan poderosa sugestión. Ellas fueron, como ya dije antes, las deidades carniceras que azuzaron los hombres a la guerra y la matanza en nuestra historia trágica."¹¹

Para Pedro Manuel Arcaya, los hombres del siglo diecinueve persistieron en un error fundamental: pretender establecer un sistema de gobierno que no se correspondía con la naturaleza de los habitantes del país, lo cual generaba una constante insatisfacción y un clima de inestabilidad política, que impedía sumar esfuerzos para lograr el tan ansiado progreso. Su diagnóstico, determinado por su formación positivista, por la situación de deterioro material vivida por su región natal, y, de acuerdo a algunos autores, por los beneficios obtenidos del gobierno de Juan Vicente Gómez, lo lleva directamente a justificar el régimen dictatorial. Mientras el régimen de partidos fomenta la dispersión y la anarquía, el Conductor Supremo garantiza el orden y el progreso. Esto lo considera el autor, la "aspiración normal que siempre han sentido, en el fondo del alma, todos los pueblos de la tierra y que, en nuestros días, se está expresando francamente en todas partes."¹²

"Pero lo que necesitaba el país —reafirma Arcaya— no era ni una ni otra fraseología sino buena administración y progreso; y nada de esto podía haber mientras embargara los ánimos la algarabía de aquellas discusiones necias y subsistiera el alboroto que producían las libertades de prensa y de reunión, con las cuales se preparaba la nueva Revolución."¹³

Y esa solución a la problemática descrita, esa buena administración, ese progreso, vendrían con el orden, con un nuevo orden, que de acuerdo a lo planteado por Arcaya, estaba en la naturaleza del pueblo venezolano:

9 Ibid. pág. 70.

10 Ibid. pág. 71.

11 Ibid. pág. 86.

12 Ibid. pág. 8.

13 Ibid. pág. 97.

Era menester el Caudillo organizador para establecer el orden en el país. Había en el alma popular el anhelo de que él apareciera, pero todavía los intelectuales, a pesar de tantos desastres, seguían aferrados a dogmas falsos. Se abusó de la libertad de prensa para mantener al país en una constante agitación política.¹⁴

En el capítulo quinto de su libro "La obra del General Gómez", Pedro Manuel Arcaya expone los beneficios prodigados por el régimen al país, señalando el primero de esta forma:

Bastaría, ante la presente generación y ante la posteridad, para justificar al General Gómez, y para que su nombre quede, como quedará, incluido en la lista de benefactores de la humanidad, el resultado, por él logrado, de haber fundado la paz...¹⁵

Indica Arcaya las acusaciones formuladas a Gómez desde el exterior, calificándolo de "tirano", extendiéndose en valoraciones y calificativos halagadores de su gestión, la cual presenta signada por "la mística de la grandeza de la patria" y guiada por "su buen juicio, su amor a la paz y una exacta concepción de la realidad nacional." Señala el autor, entre las grandes obras del gobierno gomecista, el sistema de carreteras para comunicar a importantes centros urbanos del país como Puerto Cabello, San Felipe, Yaritagua, Barquisimeto, Carora, Valera, Mérida, y San Cristóbal; también apunta el desarrollo de la instrucción pública con el aumento del presupuesto asignado a ese ramo; la protección a la agricultura con la creación del Banco Agrícola y Pecuario, cuya acción se dirigía principalmente a entregar créditos a largo plazo, módico interés y pequeñas cuotas de amortización, además el gobierno habría regalado varias sumas a los agricultores; supresión del impuesto de exportación; desarrollo del servicio de sanidad e higiene; inicio de la legislación social dirigida a la protección del trabajador; legalización de la ocupación de tierras baldías y reglamentación de la obligación del servicio militar, entre otras.

Destaca Arcaya entre las obras de mayor importancia realizadas por el gobierno de Juan Vicente Gómez, la cancelación de la deuda nacional y la creación y desarrollo de la industria petrolera. Sobre este segundo aspecto, el autor presenta un recuento de la actividad en el país y su ejecución por el régimen. Siendo un punto principal en la campaña de denuncias contra Gómez, alentada por quienes lo acusaban de beneficiar a los sectores extranjeros, Arcaya presenta las características de la política de concesiones, para recalcar el provecho que de ellas obtuvo Venezuela. De acuerdo con el estudioso coriano el Estado venezolano no estaba en condiciones de desarrollar la industria petrolera mediante un manejo directo, ya que no

14 Ibid. pág. 110

15 Ibid. pág. 119

poseía el cuantioso capital requerido para tal propósito y no existía la seguridad de encontrar el mineral en cantidades comercialmente explotables. Arcaya hace una defensa y justificación de la explotación de hidrocarburos seguida por el régimen gomecista, señalando cómo las compañías extranjeras asumieron todos los riesgos, mientras el gobierno sólo fue el otorgante de las concesiones y receptor de los beneficios y ganancias por derecho de explotación. Sostiene Arcaya que la mayoría de los concesionarios fueron venezolanos, y aún cuando se les reconoció la facultad de ceder sus concesiones a terceros, así fueran extranjeros, no podían negociar esos particulares con los gobiernos de otros países.

Arcaya manifiesta en esos términos el producto de la política petrolera seguida:

Pues bien, el plan genial del General Gómez ha dado por resultado que ya la República tenga una gran renta con las explotaciones actuales, habiendo la posibilidad de que esa renta crezca fabulosamente a medida que se vaya contratando la explotación de los inmensos campos que tiene la Nación disponibles.¹⁶

El autor da todo el crédito de los beneficios aportados por la industria petrolera a la conducción de Gómez, expresando que

Una vez más se ha comprobado que la sagacidad natural resulta, en ocasiones, más eficaz que un largo estudio de teorías. En efecto, a cualquier profesor de ciencias económicas y administrativas le habría parecido erróneo, por decir lo menos, y condenado al fracaso, el plan del General Gómez que ya he expuesto. (...) El plan del General Gómez produjo los efectos que él previó.¹⁷

Convencido de los innumerables beneficios otorgados a la nación por la "sagacidad natural" de Juan Vicente Gómez, Pedro Manuel Arcaya cierra su trabajo con una defensa del régimen ante "la calumniosa leyenda revolucionaria" dirigida por "un grupo de panfletistas", que mediante una literatura encaminada a asombrar a ilusos, pretendía presentar al gobierno del "Fundador de la Paz" como un sistema de terror y crueldad. Para Arcaya toda esa propaganda "de insultos" gozaba de poco crédito en Venezuela, pues "nadie les podía creer la mentira de que el General Gómez haya ordenado jamás la ejecución de persona alguna".¹⁸ Por eso los opositores habían fundado periódicos en varias ciudades de los Estados Unidos y Latinoamérica, donde expresaban calificativos "hirientes" orientados a desacreditar al Jefe de la nación venezolana, y obtenían la receptividad en

16 Ibid. pág. 194

17 Ibid. pág. 195

18 Ibid. pág. 203

algunos países como México, donde el Licenciado José Vasconcelos insertó en la revista de la Universidad "artículos en que se incitaba al asesinato del General Gómez".¹⁹

De acuerdo con el testimonio de Arcaya, Juan Vicente Gómez "no es hombre de rencores ni venganzas", jamás permitió crueldades en las cárceles, y favoreció las condiciones de salud de los prisioneros. Según el escritor "La crueldad que le atribuyen sus enemigos se reduce a la prisión, más o menos prolongada, de adversarios suyos que estaban conspirando o que fueron hechos prisioneros en las varias intentonas revolucionarias fracasadas..."²⁰ Para Arcaya

...tampoco su represión, que consiste en un tiempo más o menos largo de prisión, daña moralmente, ni al revolucionario o conspirador que la sufre ni al gobernante que ordena tales medidas; por lo cual es absurdo tachar de tiranía al régimen que en propia defensa las dicta.²¹

Adversa el autor la propaganda desarrollada por el Comunismo, la cual va, apunta, más allá de los "insultos" y proclama cambios radicales contra el sistema capitalista. También las acusaciones dirigidas contra Gómez por permitir beneficios económicos a subalternos suyos. En este segundo aspecto, Arcaya hace una explicación más moderada, señalando que no se puede exigir a un país salido de una etapa tan extensa de desorden la perfección en la administración civil. Culmina Pedro Manuel Arcaya expresando que "la historia no toma en cuenta sino los grandes resultados y son estos los que aprecian los pueblos."²² La historia, punto de partida a la hora de hacer una valoración del régimen de Juan Vicente Gómez, es también para Arcaya la culminación de su obra. Son los grandes hechos ejecutados los que justifican para el estudioso coriano la dictadura vivida en el país entre 1908 y 1935. Es la Historia la que juzgará al gomecismo.

Con el mismo sentido de revisión de la historia de Venezuela, aunque no con similares conclusiones interpretativas, plantea Carlos Irazábal su estudio del país en su libro titulado significativamente *Hacia la Democracia*. Irazábal participó activamente en la revuelta estudiantil de 1928 contra el gobierno gomecista, sufrió cárceles y exilio. Su padre, el doctor Carlos Irazábal Pérez murió detenido en el Castillo de Puerto Cabello en 1932. Se destacó Carlos Irazábal como periodista, siendo uno de los fundadores del semanario humorístico *El Morrocoy Azul*. *Hacia la Democracia* fue publicado en 1939 durante el exilio del autor en México. El libro tiene una pretensión

19 Ibid. pág. 199

20 Ibid. pág. 210

21 Ibid. pág. 207

22 Ibid. pág. 215

utilitaria, es un texto de combate, quiere "ayudar al pueblo venezolano comprender e interpretar de manera realista nuestro pasado, para que así pueda enrumbar conscientemente su acción, indispensable para la edificación de una Venezuela grande y digna."²³ Es al pueblo venezolano a quien está dedicado el trabajo de Irazábal, "a quienes de un confín a otro de la República luchan calladamente, cotidianamente, a pesar de las enfermedades, la incultura y tantos otros males, contra la reacción criolla y extranjera —gomecismo, imperialismo, fascismo—, empeñada en entorpecer las medidas progresistas del actual gobierno y en avasallar el ascenso histórico del país."²⁴

Esta Venezuela que nos presenta Irazábal en 1939 no es la misma que nos mostró Arcaya cuatro años antes. Si para el estudioso falconiano la obra estaba ya firmemente trazada y afianzada bajo la eficaz conducción del Jefe Supremo, para Irazábal existe en el país una situación marcada por las penurias y la lucha contra elementos empeñados en frenar su desarrollo y tránsito hacia la democracia. Ambos autores coinciden, sin embargo, en su visión de evolución histórica, en la idea de progreso y en la necesidad de una justa interpretación del pasado para valorar el momento que se vive. El libro de Carlos Irazábal se divide en seis partes, tituladas: *Revolución, fenómeno natural e histórico*; *La Colonia*; *La Independencia*; *El régimen democrático no se estabiliza*; *La matriz del absolutismo* y *Hacia la democracia*. En la primera parte, Irazábal justifica las revoluciones como fenómenos históricos, que se producen "cuando la evolución económica ha creado las condiciones objetivas necesarias para su aparición",²⁵ y contradice a aquellos que "sostienen que la marcha de la humanidad puede realizarse sólo gradualmente, de manera evolutiva, sin saltos, sin bruscos rompimientos del equilibrio social." Aquí Irazábal muestra su oposición a los representantes del Positivismo, quienes "proclaman en nombre de la ciencia, que la sola evolución es suficiente para superar los obstáculos y resolver los problemas que a las sociedades puedan presentárseles, por más intrincados que sean."²⁶ Mostrándose contrario de quienes denomina "profesantes de concepciones filosóficas ya superadas" y "teorizantes políticos reaccionarios", Irazábal llega a citar a Vallenilla Lanz para confirmar su tesis sobre el origen de los fenómenos revolucionarios.

En el primer capítulo de su libro, titulado *La Colonia*, Irazábal presenta las luchas políticas y económicas de la nobleza territorial venezolana, la conformación de esta clase social en relación al régimen de propiedad de la tierra y su fortalecimiento hasta llegar a pretender controlar la dirección de

23 Carlos Irazábal. "Hacia la Democracia". José Agustín Catalá, Editor; Caracas, 1974. Pág. 7.

24 Carlos Irazábal. Ob.cit. pág. 8.

25 Ibidem. pág. 15.

26 Ibid. pág. 15.

la Capitanía General. En el segundo capítulo, titulado *La Independencia*, el autor presta particular atención al régimen económico político de las colonias españolas de América y a la participación de *las masas populares* en el proceso de separación con respecto a la metrópoli. Irazábal señala que “nuestros historiadores, aún los más destacados como Gil Fortoul y Vallenilla Lanz” se quedan en simples señalamientos con respecto al papel protagónico de la “nobleza criolla” en la Independencia, indicando que

No llegan a comprender, en este caso concreto, que el derecho a sacudir el yugo residía en el hecho de que la nobleza criolla, por imperativos históricos, tenía que conquistar para sí el poder político desde luego que la base para conquistarlo existía ya. Esa base era su lugar preeminente en el proceso de producción y distribución de la riqueza social. El control exclusivo del poder político hubo de convertirse en reivindicación fundamental para la nobleza criolla, porque la clase social que disfrutaba del poder económico ha de usufructuar también, tarde o temprano, el político.²⁷

Más adelante, al explicar la participación de *las masas populares* en la Independencia, Carlos Irazábal apunta:

Es preciso también tener en cuenta el hecho de que a comienzos del siglo pasado no existía, ni podía existir, un concepto de patria igual al que se ha formado después y priva en la actualidad. La patria no es una entelequia. Supone por lo menos una realidad geográfica sin soluciones de continuidad, ausente en aquel tiempo cuando no existían caminos, ni comunicaciones estables entre las diversas regiones de la Capitanía. Esta sola circunstancia impedía la comunidad de sentimientos, de ideas, de intereses; impedía la existencia de todo lo que constituye la sustancia de la patria.

Y así,

En un medio tan atrasado como el nuestro a principios de la pasada centuria, la patria había de ser algo, en el mejor de los casos, nebuloso. Incluso en la actualidad, al adentrarse en el territorio nacional, no es difícil encontrar esa misma o parecida nebulosidad en el concepto.²⁸

En el capítulo titulado *El régimen democrático no se estabiliza*, Irazábal toca uno de los momentos cruciales de la historiografía venezolana: el de *la dictadura de 1828* y la situación política que llevó a la desmembración de la Gran Colombia. En este punto, el autor aprovecha para esbozar su interpretación, contraria a la de los que señalan el marcado personalismo como explicación de la inestabilidad del siglo diecinueve. Señala Irazábal que

27 Ibid. pág. 95.

28 Ibid. pág. 118.

Es demasiado fácil y simplista explicar la inestabilidad política y social de entonces aduciendo razones personales. Las ambiciones y egoísmos de Santander y Páez, por ejemplo, poco hubieran significado en un ambiente equilibrado. Nada hubieran podido contra Bolívar, si su política hubiera gozado del respaldo de las mayorías grancolombianas; pero dentro de un clima caracterizado, precisamente, por el descontento mayoritario de la población, esos egoísmos y ambiciones personalistas medraban y se justificaban.

Más adelante será aún más explícito en su crítica a la interpretación de los positivistas venezolanos:

No es difícil tampoco explicar la convulsión social de ese período histórico aduciendo una congénita propensión de la masa del pueblo al desorden y a las violaciones de las leyes. Hemos citado algunos testimonios fehacientes sobre la miseria pública imperante entonces, y la cual forzosamente, tenía que cebarse con insólita fuerza en los sectores sociales desposeídos. (...) A buen seguro que si la mayoría de la población de la ciudad y del campo, hubiera podido enrolarse en el proceso de la producción y encontrado ocupación productiva, otra habría sido la actitud de quienes eran víctimas de una "miseria que entristecía a cualquiera que la contemplaba.

A más de un siglo de distancia y sin pasearse por la pavorosa situación del pueblo en esa época, es cómodo hilvanar disgresiones sociológicas sobre la "psicología de la masa popular", sus "caracteres disgregativos", y sobre los "estigmas psicológicos" de las clases "bajas" de la sociedad."³⁰

Para contrastar con otro de los temas socorridos por los justificadores del gomecismo, Irazábal tiene que desmitificar al héroe de la Independencia. Señala entonces el autor:

La dictadura (de 1828) no fue un régimen exclusivamente personalista. Tenía naturalmente un sustantivo contenido de clase y actuó en función e interés de determinados sectores sociales. Lo más reaccionario desde el punto de vista económico, político y social. Aislado del pueblo cayó Bolívar en las redes de la reacción y, entonces, impuso ese régimen dictatorial, que, aunque sinceramente lo creía favorable a los intereses grancolombianos, sólo podía cohonestar las ideas e intereses de los estamentos sociales más retrógrados.³¹

El problema fundamental del momento venezolano que vive el autor, es la pervivencia de relaciones de producción originadas en la época colonial. Para él, la Independencia fue una revolución incompleta, pues careció de contenidos económicos que trastocaran dichas relaciones. Si para Pedro Manuel Arcaya, la "mística democrática" fue el factor que generó la inestable situación política del siglo diecinueve, para Irazábal:

29 Ibid. pág. 132.

30 Ibid. pág. 133.

31 Ibid. pág. 141.

Los principios democráticos que informaron la ideología política del movimiento de independencia, a la deriva en medio de las contingencias de la guerra, naufragaron durante la paz; se estrellaron y se hicieron añicos bajo la dictadura reaccionaria de 1828. El haz teórico liberal que fuera dinamismo de la emancipación devino para los sectores sociales gobernantes manojo de sofismas impíos a cuya influencia se atribuía gran parte, el malestar, el desorden y la anarquía de aquellos años.³²

Irazábal niega así que después de la Independencia se hayan impuesto las concepciones democráticas en el país. Apunta el autor que

No puede ser democrático un régimen dentro del cual están eliminadas políticamente las masas populares. La "democracia" de los conservadores era un régimen restringido a las clases acomodadas y rentistas. El derecho al sufragio, vehículo de la expresión de la soberanía popular, era exclusividad de los privilegiados de la fortuna, de acuerdo con las leyes. (...) Las restricciones al derecho de sufragio eran, pues, enormes y nos demuestran lo impropio del término democrático aplicado a esos gobiernos.³³

Arremete destacadamente contra uno de los soportes justificadores del gomecismo, el del Jefe Supremo, el Benemérito de la Patria, el Gendarme Necesario, calificándolo como "*una tergiversación histórica*". Señala Irazábal:

Observando la persistencia del despotismo en nuestras naciones algunos intelectuales de evidente filiación reaccionaria han llegado a la conclusión de que la autocracia política es la única forma de gobierno viable en los países latino-americanos. El despotismo secular es la resultante necesaria —según ellos—, de nuestra incultura, de nuestra despoblación, de nuestra composición étnica, de nuestro medio, etc. En la América Latina la democracia es, en cambio, de acuerdo con ese criterio, algo exótico e incluso antagónico a nuestras sociedades. Por eso ha fracasado. Por eso sólo han sido posible y lo serán, al menos, por mucho tiempo todavía, los gobiernos fuertes, personalistas, dirigidos por caudillos vigorosos capaces de asegurar el orden e impulsar el progreso social.³⁴

Irazábal cita los casos de países latinoamericanos como Colombia, Costa Rica y México, para refutar las apreciaciones de los positivistas. Para el autor la pervivencia del despotismo en nuestros países se debía a la permanencia de una economía semifeudal, la cual le servía de sustento. Indica que

La intangibilidad de las relaciones de producción reforzadas por la penetración imperialista nos da la clave efectiva, la razón última, de nuestros despotismos. La incultura, la despoblación, que como las influencias mesológicas es preciso tener en cuenta para comprender a cabalidad la historia de las sociedades, son determinaciones secundarias susceptibles de modificación si se modifica, precisamente, el régimen de producción.³⁵

32 Ibid. pág.145.

33 Ibid. págs. 154-155

34 Ibid. pág. 159.

35 Ibid. pág. 164.

Y más adelante, expresa:

Los dictadores y gendarmes necesarios, como lo demuestra el estado actual de nuestra América, no han podido ser más negativos. Han surgido únicamente por imposición de una economía antinacional. No podía ser eso el ideal del Libertador (...) No se puede, entonces, a menos que se la interprete monstruosamente, invocarla —como suele hacerse—, para dar una base teórica al despotismo de los Rosas, Porfirio Díaz, Juan Vicente Gómez y demás tiranos de América. (...) Cuando en nuestros países se modifiquen las relaciones feudales de producción, se transforme y democratice el régimen de propiedad territorial, se construyan las bases económicas de la democracia, dejaremos de padecer para siempre la nefasta plaga de los gendarmes necesarios, a despecho de la fatalidad sociológica y demás fruslerías que en contrario se hilvanen.³⁶

En el cuarto capítulo, Irazábal trata de “La Matriz del Absolutismo”. Allí el autor recalca su interpretación sobre el proceso histórico venezolano, expresando que después de la Federación, los rasgos distintivos de la situación del país continúan siendo el absolutismo, las dictaduras militaristas, y el latifundio. Señala Irazábal que siendo la posesión de la tierra la mayor riqueza, todos los caudillos militares van a luchar por la posesión de ésta, estructurándose un sistema de poder de acuerdo a la mayor o menor extensión de la propiedad. Nos dice el autor: “El régimen de Gómez, el más largo y sólido de todos los que conoce la historia de Venezuela, afincó su fortaleza, entre otras razones, en el creciente acaparamiento de tierras en manos suyas, y de sus amigos y cómplices.”³⁷ Carlos Irazábal evalúa así las realizaciones del gomecismo:

Durante la administración de Gómez la economía venezolana experimentó importantes cambios, debido en especial a la Guerra de 1814-1918 y a la penetración imperialista. Las crecientes necesidades económicas que produjeron requerían un mínimo de modernización de ciertos servicios, sobre todo en lo que atañe a la vialidad y a las comunicaciones en general. Esos imperativos se concretaron en la tan cacareada política de carreteras de Gómez. Se construyeron, en efecto, bajo su gobierno, unos cuantos ramales carreteros que conectan mal que bien las principales regiones del país, determinando así mayor cohesión nacional y mayores facilidades al gobierno del centro para hacer sentir nacionalmente su autoridad y reducir a la obediencia a los díscolos caudillos regionales a quienes Gómez fue desarmando lenta e inexorablemente. El imperialismo por otra parte requería orden estable, incommovible paz y trabajo constante, es decir, necesitaba una situación interior enteramente adecuada a sus intereses a fin de aumentar hasta el límite de lo posible sus superbeneficios a costa de la explotación de las masas. Por eso Gómez, lacayo incondicional del capital financiero, aplastó a sangre y fuego todo brote que pudiera turbar la tranquilidad interior.³⁸

Aporta el autor datos que muestran el bienestar económico de Venezuela, producto de la explotación del petróleo, durante el régimen de

36 Ibid.pág. 164.

37 Ibid. pág. 229.

38 Ibid. págs. 204-205.

Juan Vicente Gómez. Esto le permitirá al gobierno, a decir del autor, obtener recursos para fortalecerse, a pesar de prácticas poco acertadas en materia económica. Si Arcaya se muestra admirado de la política petrolera desarrollada por Gómez y de los innumerables beneficios que trajo al país, Irazábal nos presenta otra visión sobre el asunto:

La política petrolera de Gómez, como ninguna otra en el mundo desventajosa y leonina para el país, le permitió de todos modos, tanta fue la potencialidad de los yacimientos venezolanos, asegurarse una fuente de arbitrios lo suficientemente considerable para sostener el régimen a pesar de la ruina de las otras ramas de la economía nacional.

Y luego: "Bajo la administración de Juan Vicente Gómez, las compañías petroleras disfrutaron de una posición semejante a la de un Estado dentro del Estado venezolano."³⁹

Irazábal hace un interpretación del régimen de Juan Vicente Gómez más allá de la figura del dictador:

Naturalmente que el término "gomecismo" no responde al contenido de clase de ese régimen. Es un término convencional y gráfico. En realidad fue una dictadura semi-feudal cuya base social se redujo a los grandes latifundistas venezolanos, a la gran burguesía comercial criolla y a los capitalistas extranjeros. Por eso la política del gomecismo consistió en lo sustancial en la defensa de los intereses materiales de esos sectores en perjuicio de la mayoría de los venezolanos, en perjuicio de la patria venezolana. Es por demás conocida, en Venezuela, en América y en el mundo, la insólita y tremenda crueldad empleada por el gomecismo para la realización de esa labor.⁴⁰

Llama la atención que habiendo sufrido en su persona y en la de sus familiares la política represiva del gobierno de Juan Vicente Gómez, su referencia en este texto sea de tanta parquedad. Suponemos se deba al interés de Irazábal por presentar su trabajo como un riguroso análisis de la situación venezolana, y no como un testimonio más contra el régimen gomecista.

Carlos Irazábal se muestra como un ferviente anunciador de un nuevo país, de un país que ha salido de una etapa oscura de su historia, signada por la opresión y el despotismo, y se enrumba hacia la democracia. El autor pregona el nacimiento de una democracia política que tiene que tener sustento en una democracia económica, una democracia donde se destruyan las viejas relaciones de producción y se creen las condiciones para un desarrollo industrial, comercial y agrícola del país. Concluye el autor señalando:

39 Ibid. pág. 256.

40 Ibid. pág. 209.

Existe hoy entre nosotros lo que faltó en la Independencia y después de ella: los cimientos económicos y los sectores sociales que aunque débiles, son base necesaria para edificar una democracia estable y para no seguir arando en el mar. Por esa circunstancia histórica de incalculable valor y por otras razones que examinaremos de seguidas afirmamos que ningún gobierno como el actual ha estado hasta el presente en situación más favorable de enrumbar a Venezuela por nuevos senderos históricos.⁴¹

A MANERA DE CONCLUSIÓN

En los textos presentados, más que dos formas de juzgar un régimen, percibimos la necesidad de unos hombres por entender un país, por comprender a Venezuela. Tanto Pedro Manuel Arcaya como Carlos Irazábal, fueron hombres comprometidos con el tiempo que les tocó vivir. Pretenden entonces, encontrar las claves para entenderlo. Entender la zozobra, el caos, la falta de perfiles. Entender el momento supone para ellos comprender lo que ha sido la trayectoria del país, conocer su historia. Si bien las conclusiones de ambos autores son totalmente divergentes, los dos hacen un esfuerzo intelectual riguroso que los lleva a sus particulares interpretaciones sobre la realidad venezolana.

De ambas explicaciones, queda Gómez. La sombra del patriarca, la herencia de una situación no solventada. A pesar de los afanes, la valoración del régimen gomecista sigue reclamando el arduo trabajo investigativo del historiador. Gómez sigue estando allí, su presencia tutelar sigue persiguiéndonos. La extraña fascinación por el dictador, el hombre fuerte, el ser providencial, el poseedor de todas las respuestas, el gendarme que nos muestre cuál es el camino a seguir para lograr los más caros anhelos. Todavía no hemos podido enfrentarlo, desde las esculturas de Amabilis Hernández el taimado señor de La Mulera, nos inquiere.

ABSTRACT

This study seeks to present in a systematic way, through main characters' testimonies, the two visions around regimen Juan Vicente Gómez (1908-1935). On one hand, a time of progress material for the country; for other, the oscurantism situation and ignorance.

KEY WORDS

Gómez. Material progress. Ignorance.

41 Ibid. pág. 263.